

DE ARQUEOLOGÍA DEL ARTE

I

El castillo de Albuquerque

Veinticuatro años se habían cumplido desde que salí de Albuquerque, mi pueblo natal, cuando a él volví en el 1913, después de llevar ejerciendo el cargo de profesor de término en la Escuela de Artes y Oficios de Toledo a partir de mi ingreso en ella en el año 1906.

Por ser obligados los conocimientos del arte antiguo en tan artística urbe y exigirlo las aplicaciones que del mismo tenemos que hacer en mi clase de Taller y Carpintería Artísticas, hube de aficionarme al estudio de los testimonios materiales que se conservan en ella, tanto de Bellas Artes como de sus derivadas las Artes Menores, por la relación y aplicación que tienen todos ellos a la decoración en general.

Y tanto es así, que se da el caso de que por iniciativa mía y bajo mi dirección se han reunido en la Escuela toledana más de un millar de reproducciones en yeso, bien de conjuntos o detalles sueltos, de aquellos diferentes estilos históricos que con tanto acierto se aplicaron en esta localidad a la decoración

del edificio, el mueble o el utensilio, valiéndose para ello de materiales distintos como la piedra, el barro, el hierro, la madera, etc.

Entre esas reproducciones figura una colección numerosa de fragmentos visigodos, cuyos originales aparecen formando parte de los mampuestos de los diferentes muros de construcciones árabes y mudéjares, como sin valor alguno y cual resultado de derribos de edificaciones de su época. No poco tiempo y trabajo me fué necesario para reconocerlos, a fin de interpretar su especialísimo lenguaje de forma, distinguiéndolos entre sí y agrupándolos por épocas, conforme aparecen reunidos en la Escuela.

Con esta base y animado por los mejores deseos de estudiar a mi pueblo y sus alrededores desde el punto de vista artístico-histórico, partí para Albuquerque en el año citado.

El resultado de mi labor durante los días del mes de Septiembre que estuve en el pueblo, toda vez que el 1.º de Octubre tenía que estar al frente de mi clase en Toledo, fué el siguiente:

Sabido es por casi todo el vecindario de la histórica villa, que existen en su quebrado y extenso término ruinas de antiguas edificaciones, cuyos restos, a juzgar por su aspecto especial y la superficie que ocupan, acusan, sin duda, la existencia de poblados importantes allá en tiempos remotos. Teniendo en cuenta, por las noticias que me daban los campesinos, lo numerosas que son estas ruinas en el término de Albuquerque, hube de trazarme previamente, con arreglo a una relación que formé de ellas, el correspondiente itinerario de conformidad con el poco tiempo que podía disponer. Así pues, comencé el día 18 del mes antes citado por la visita al castillo de Albuquerque (fig. 1.^a).

Esta hermosa fortaleza militar, morada de reyes, príncipes, infantes, duques, condes y señores de la más alta alcurnia, fué inexpugnable durante los siglos XIII, XIV y XV. A sus formida-

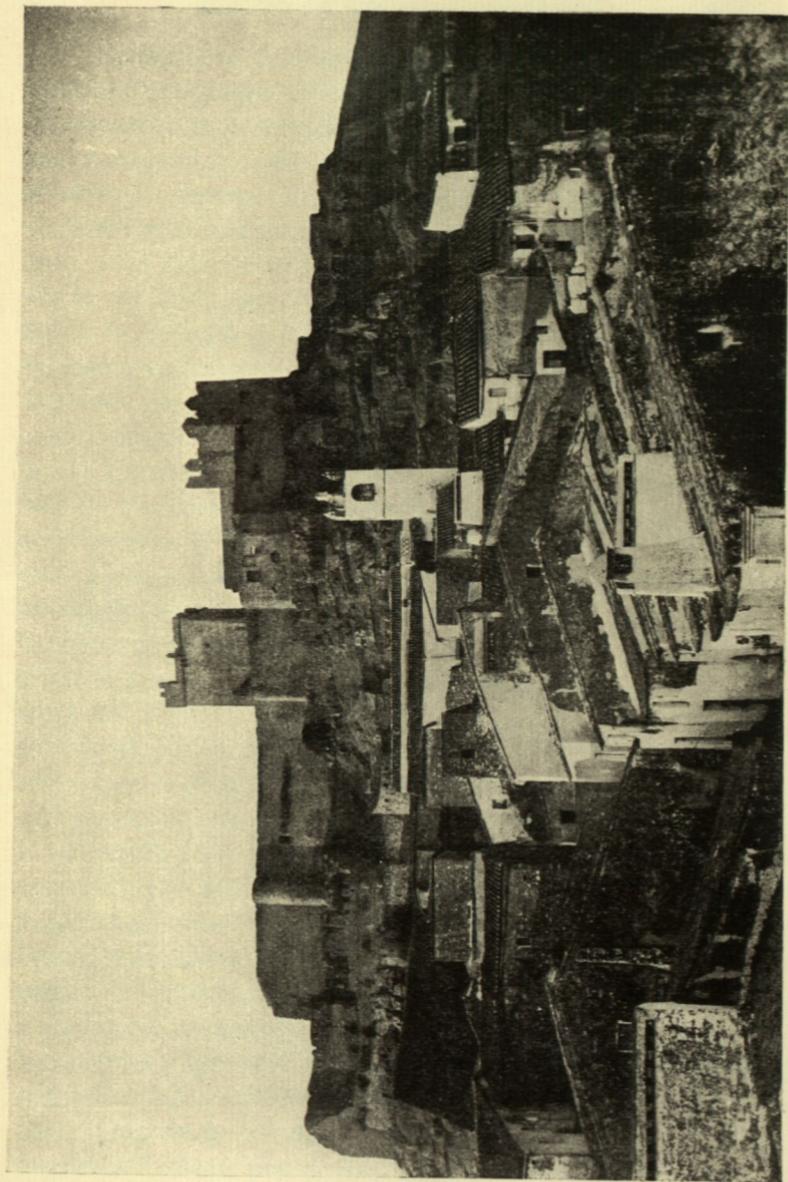


Fig. 1.^a—*Albuquerque*.—Vista general del Castillo y parte de la Villa.

Fot. A. Cabrera.

bles disposiciones defensivas, se agrega una gallarda estructura artística acompañada de una tan sólida y enérgica marcialidad, que resumen el porte distinguido, la silueta elegante, el prototipo de aquellas construcciones del periodo lúcido, que cristalizó en la incomparable catedral gótica.

Una barbacana junto a la iglesia de Santa María del Mercado, y un sistema de baluartes perfectamente situados, defienden la subida y paso a la primera puerta del castillo. Un tambor a la derecha y un torreón cuadrado a la izquierda, con un foso y un puente levadizo defienden sus flancos y entrada. Troneras para falconetes o culebrinas y aspilleras ballesteras o arcabuceras los completan. Dentro otra puerta, con el escudo de los Cuevas, se une al tambor mencionado, y más arriba, al final de una rampa entre pedruscos y un parapeto aspillerado, se encuentra la tercera puerta de apuntado arco. Defendida está su entrada por un pequeño reducto dentro de un tambor almenado, aspillerado y con troneras, que se une por su ala izquierda al de la primera puerta por el parapeto antes citado, y por la derecha a la tercera. Estos mismos elementos defensivos del tambor y el parapeto coronan la muralla de buen espesor donde se encuentra dicha puerta. En la misma disposición que el parapeto que une la segunda puerta con la tercera hallamos otro que igualmente une la tercera con la cuarta, al objeto de defender la subida de otra rampa a cuyo final se encuentra esta última puerta. Dos torreones cuadrados avanzan perpendicularmente sobre sus jambas para defender los flancos. Pasada esta cuarta puerta de arco de medio punto, dejando el cuerpo de guardia a la derecha y las ruinas del polvorín a la izquierda, se da frente a la plaza de armas. Cierran este recinto las cortinas y torreones desmochados por la terrible voladura del polvorín. Los destrozos que ocasionó esta catástrofe en la parte Este de la fortaleza y en el ábside de la iglesia, bien pueden apreciarse por el visitante. Baste decir que en la parte exterior de dicho ábside aun se ve la abolladura causada por

el tremendo golpetazo que diera contra él una mole de grandes dimensiones hundiéndolo más de cincuenta centímetros en una superficie de unos cuatro metros de ancho por ocho de alto, demoliéndolo y atormentándolo en toda la parte superior. Con un terraplén para emplazar piezas de artillería al Este de la plaza, tenemos el torreón donde se encuentra la puerta de salida a los revellines, al Sur y sobre la misma el matacán defensivo, viéndose al Oeste, ante la gran Torre del Homenaje, la subida a la quinta puerta. Dejando a la derecha la entrada y muros del cuerpo total de la iglesia románica de transición y a la izquierda departamentos y habitaciones varias, se llega junto a la Torre del Homenaje (fig. 2.^a) donde luce el escudo en mármol de don Alvaro de Luna. Pasando por la indicada puerta y ascendiendo por una escalerita situada en el lado derecho, una vez salvada la distancia hasta un puentecito, a la izquierda, dejando a la derecha el puente de entrada que da paso a la Torre del Homenaje y el pozo de los dos brocales, penetramos en la plaza alta.

Coge la extensión de la misma toda la superficie superior del cuerpo de la iglesia sobre sus bóvedas de piedras y pizarras. La explanada que ocupa toda ella mide 21 metros de largo por 12 de ancho, a los cuales si le agregamos la superficie existente sobre las edificaciones adjuntas, nos dan más de 504 metros cuadrados.

Volvamos sobre nuestros pasos después de haber admirado el más extenso y soberbio paisaje, cuyo horizonte se pierde en el infinito en una gradación bellísima de formas y colores, acrecentada por la luz clarísima de un sol resplandeciente sobre un cielo de límpido y transparente azul, y bajemos la escalerita por donde subimos, y pasando otra puerta nos encontraremos en un espacioso patio donde se alza arrogante un grandioso arco ojival (fig. 3.^a), puente formidable, comunicación extrema que servía para dar paso, por medio de un puente levadizo, a los defensores apurados de la plataforma

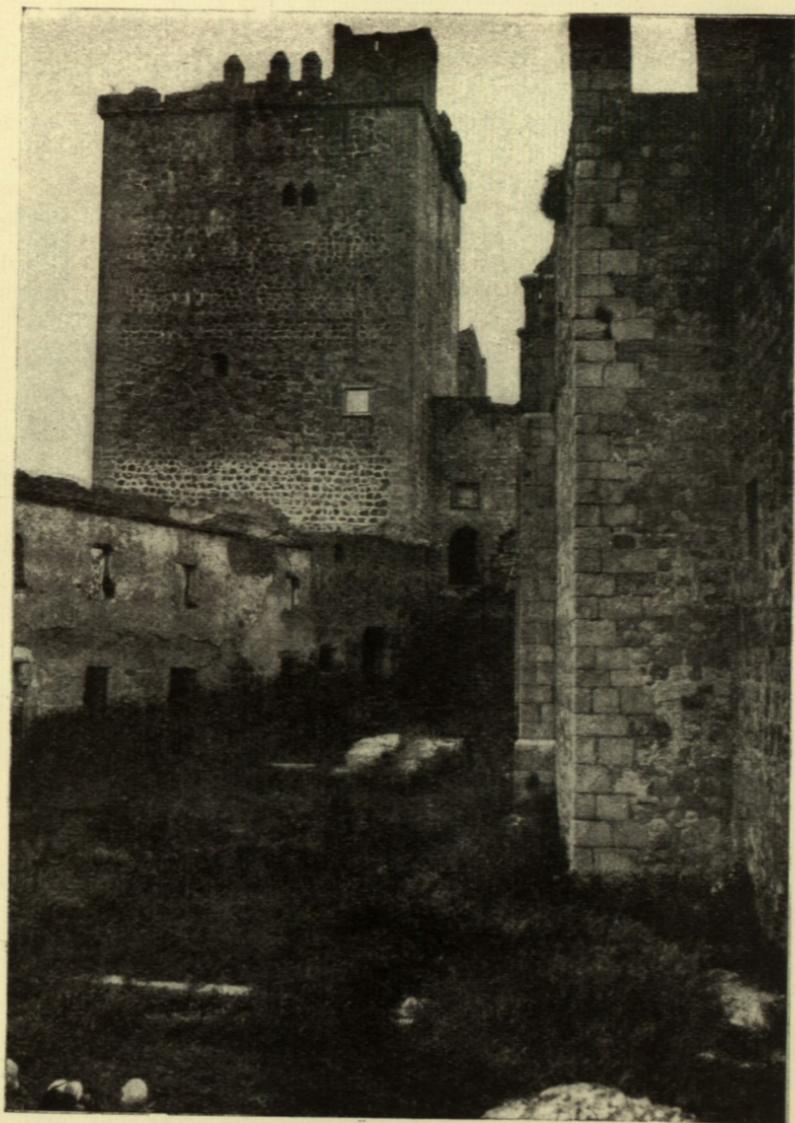


Fig. 2ª.—*Alburquerque*.—Interior del Castillo, y al fondo, Torre del homenaje.

Fot. Garrorena.

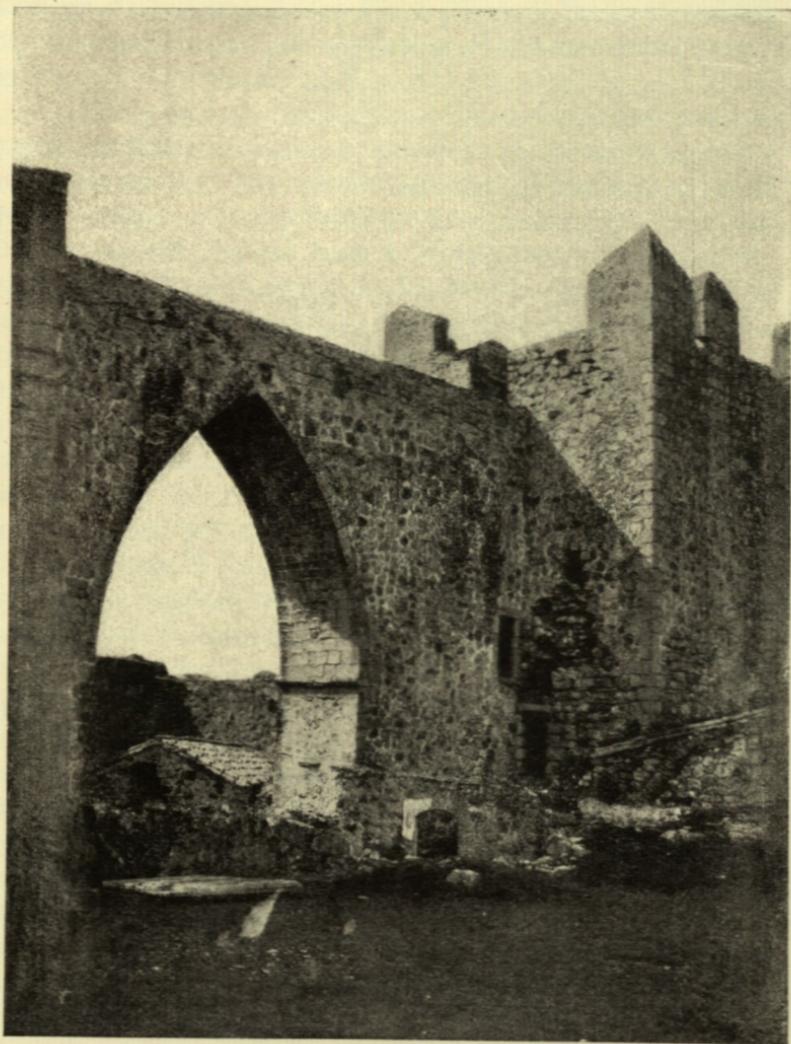


Fig. 3.^a—*Alburquerque*.—Castillo. Arco ojival del puente levadizo.

Fot. Carpintero.

artillada de la Torre de los Cinco Picos, si tenían necesidad de refugiarse en situación apurada en el reducto de seguridad de la Torre del Homenaje.

Entremos en esta Torre de los Cinco Picos por una pequeña puertecita de piedra y subamos una estrechita y oscura escalerilla también de piedra. Pasemos al primer piso y luego de salvar otra escalerilla también oscura y estrecha, cruzaremos por un angosto boquete hasta la plataforma de planta pentagonal, observando lo agudo de uno de sus ángulos, el que se enfila en dirección Oeste, por las murallas hasta Torre Vaca, que parece un cuchillo. Observemos también en la base de sus robustas y bien perfiladas almenas las troneras concíferas, y entre ellas dos ladroneras laterales correspondientes a los lados Sur y Norte. Fijémonos igualmente en la puertecita situada en la Torre del Homenaje, a la que nos conduce el adarve o paso por el gran puente formado por el grandioso arco y puente levadizo, y podremos hacernos cargo de la situación angustiosa, aunque no desesperada, que ocasionaría la pérdida de este reducto.

Dirijamos después la vista hacia donde se oculta el sol, siguiendo la dirección que parece indicarnos el cuchillo o arista del ángulo de la torre, hacia el lado aquel del término de la villa, y entonces, como mirada de despedida, al panorama abrupto que desde allí se contempla, nos compensará con creces esta atención para con la naturaleza, haciéndonos sentir la emoción intensa de lo trágicamente grande por la expresión salvaje de la masa austera de aquellos montes gigantescos, que se levantan osados sobre la quebrada tierra, como para escalar la altura con sin igual audacia, y cuyas testas riscosas en siluetas enormes se recortan negras, azulinas, sobre un cielo de oro que allá en la tarde, cuando el sol lo abrasa, semejan un incendio de viva luz, las nubes rojas.

Luego de esta impresión de grandeza, volvamos a las escalerillas estrechas y atravesemos la obscuridad del interior

de esta torre, solamente interrumpida por la ténue claridad que penetra en el segundo piso por los angostos tragaluces. Salgamos de allí por la misma puertecita de piedra que nos sirvió de entrada, y después de atravesar el patio otra vez, subamos por la escalerita que ya conocemos para llegar a la plaza alta, y dejando a la izquierda el pozo de los dos brocales pasemos por el puentecillo y penetremos por la pequeña puerta de la Torre Alta o del Homenaje.

Abandonemos a la izquierda el ingreso para la escalera de caracol, metida en el espesor del muro que da al Norte, y siguiendo de frente luego de atravesar dos huecos de puertas, principio y fin de un pasillo corto, en tramos, en una oscura habitación de planta cuadrada, conforme a la traza del prisma cuadrangular que determina el total volumen de esta torre. Observemos que a partir del mismo suelo de esta habitación arranca una bóveda piramidal de ladrillo, cuyas faldetas se ajustan perfectamente a cada uno de los lados interiores de los muros que forman el prisma.

Un poco acostumbrada la vista a la densa obscuridad que allí reina, y gracias a la cansada claridad que penetra por un estrecho tragaluz, veremos cómo la pirámide que determina el intradós de la bóveda se trunca por cerca de su cúspide. Salgamos de allí verdaderamente acosados por la enorme cantidad de mosquitos que en dicho lugar se albergan formando espesas manchas sobre las carcomidas paredes de ladrillo, y después de pisar silenciosamente sobre el polvo finísimo que deposita lentamente el tiempo en las ruinas abandonadas, ascendamos por la escalera de caracol que ya vimos. Fijémosnos en las variadísimas señales que sobre los peldaños de piedra grabaron los agremiados canteros que las labraron en el siglo xv. Ingresems por fin en la estancia señorial por un hueco o puerta de bien labrada piedra, sobre la cual aun persisten las gorroneas varias que contuvieron en tiempos pasados los quiciales de las puertas de madera que la cerraban.

Una vez dentro, examinemos dicha estancia de planta cuadrada, dividida por mitad, de Norte a Sur, por un arco de carga y descarga, macizado su hueco con cerramiento de mampostería de cal y canto de su mismo espesor. La otra mitad de la referida planta la divide igualmente otro arco con cerramiento en la misma forma, para determinar dos departamentos completamente cuadrados, como es consiguiente. Al primero de estos se penetra por un hueco también de piedra labrada, y pasado éste nos encontramos en la habitación indicada: a la derecha, mirando al Norte y perforando el espesor del muro de la torre, un precioso ajimez gemelo de pura traza ojival; a la izquierda, y en el ángulo interior una chimenea de campana, y en el opuesto, antes del extremo de la diagonal, sobre el suelo de ladrillo, la boca de una cisterna cuyo recipiente, sabiendo que tiene cinco metros de profundidad por tres de diámetro, nos demuestra su grandísima importancia en el caso extremo de tener que resistir un asedio, aislados ya los defensores de esta fortaleza en la parte alta de la Torre del Homenaje.

Pasemos después a la otra habitación cuadrada igualmente por otro hueco de bien tallada piedra con sus correspondientes signos lapidarios, formado por graciosa ojiva que se alza sobre dos impostas de labra elegante, sostenidas al par por dos jambas decoradas con perfiles correctos de molduras góticas. Y una vez dentro, quedemos en que a juzgar por su estructura tal vez se destinara a cámara matrimonial. Allí a un lado se encuentra la puertecita de entrada o salida que, en un momento de apuro y por medio del puente levadizo, ponía en comunicación este recinto por el paso del gran arco con el de la Torre de las Almenas o de los Cinco Picos.

Salgamos de aquí y una vez en la estancia señorial solicitarán nuestra atención dos bellísimos ajimeces de piedra granítica por donde penetran torrentes de luz altísima, situados uno al oriente, al sur, otro. Son los dos de exquisita traza mudéjar, con

sus arquillos tabulados y las basas, fustes y capiteles de las finas columnitas de sus parteluces nos recuerdan los clásicos modelos toledanos. Son de la época del gran Condestable Maestre de Santiago don Alvaro de Luna, señor de la villa. Un arco de chaflanado intradós, sustentado sobre dos preciosos modillones, salva el vano de esta mansión formando cruz con el otro divisorio ya descrito, sirviendo de nervio y sostén a la bóveda de cañón, hecha de lajas de pizarra, que cubre este recinto que sirve, con los otros de los adjuntos, de suelo a la plataforma superior.

Imagínese el lector esta mansión en la región de las nubes, cubierta por un magnífico artesonado de madera pintada y dorada conforme a los más finos modelos árabe-cristianos de la época. Veámosla también regiamente colgada de tapices de brocado de seda y oro. Contemplémosla al mismo tiempo enriquecida por un ajuar de telas y muebles artísticamente decorados y de selecta traza gótica, y por fin con alguna tabla donde aparezca el retrato de alguno de los ascendientes guerreros, agregándole en sus muros de piedra nutrida panoplia de bien templadas armas forjadas y probadas en Toledo. Y con todo esto surgirá el *señor* allá en nuestra fantasía, como por mágica evocación de entre las nieblas del pasado. Y lo veremos en la intimidad de la familia rodeado de la señora e hijos, prevenido siempre, con el oído atento a cualquier ruido extraño que se produzca en la villa, para averiguar la causa que pudo producirlo. Y lo contemplaremos igualmente escudriñándolo todo con su vista penetrante, fieramente inquisitiva, acostumbrado por fuerza y soberbia a mirar desde alto a bajo, asomado a su ajimez, cual ave lustrosa de pluma ligera de acecho siempre entre las rocas, para en caso necesario y como el águila real dispuesta en todo momento, allá en la altura, para caer derecha, como el rayo sobre la víctima elegida, y mantener a sus crías llevando a su nido los sangrientos despojos que aseguren sobre todo la continuidad de la especie.

Luego de esta divagación obligada, pasemos por otro hueco de piedra o entrada al segundo tramo de la escalera de caracol. Salvada ésta, rápidamente nos encontramos en la plataforma de la Torre del Homenaje. Revisando su pretil almenado, observaremos cuatro matacanes acompañados lateralmente de dos troneras circulares, las cuales corresponden a cada uno de los lados de la torre. En el ángulo Noroeste vemos una torrecilla también almenada que sirve de cubierta a la escalera, al propio tiempo que de atalaya y en cuya almena angular se colocaba el asta donde tremolaba al viento el pendón real o señorial.

Y después de esto y de sentir momentáneamente el vértigo de las alturas con el escalofrío de las impresiones de extraordinaria magnitud, pálidos aún por la emoción intensa de habernos acercado hasta el mismo borde del merlón o derruido pretil, en el lado Norte de tan elevado reducto, para satisfacer nuestra irresistible curiosidad y convencernos, mirando allá abajo a lo muy hondo, de la enorme altura en que nos encontramos, al fijarnos en las personas, árboles y casas de la vega minúscula, reducida por la distancia, donde los frutales de sus huertas se ven por sus copas, y después de haber mirado, repetimos, a un sólo sitio, el más profundo de la terrible sima, si reaccionamos por voluntad propia y aún con las piernas temblorosas avanzamos decididos y subimos más, salvando animosos la escalerilla de la torre atalaya hasta colocarnos en su reducida terraza, y teniendo a los pies un pueblo, a la redonda campo y cielo sin límites perdiéndose en el horizonte infinito, contemplaremos verdaderamente extasiados el más hermoso, el más extenso y el más espléndido de los panoramas terrestres, cuya expresión de fortaleza primitiva es manifestación tremenda de una naturaleza fieramente bella, salvajemente grande, áspera, fragosa, donde todo se presenta y ruga con potencia alucinadora.

AURELIO CABRERA Y GALLARDO

Toledo, 20-IV-1931.

Escultor